



UNA EXPERIENCIA DE HOSPITALIDAD EN EL CAMINO DE SANTIAGO



Desde el 3 de junio y hasta el día 27 de agosto (Santa Mónica), la Fraternidad Agustiniiana, en el marco de la ACC (Atención Cristiana en el Camino), ha desarrollado una experiencia de hospitalidad, acogida y acompañamiento a un buen número de peregrinos (en torno a 1000 en estos meses) en el Albergue Parroquial (Parroquia Santa María Magdalena) de Vega de Valcarce (León).

Durante los últimos días del mes de agosto tuve la oportunidad de sumarme a esta fraternidad y compartir esta experiencia. Y lo agradezco. Aunque más adelante se realizará una evaluación "oficial" con todos los participantes para hacerla llegar a la UPE - que a propuesta de la Comisión Interprovincial y con el P. Pablo Tirado como coordinador es quien ha organizado, coordinado y animado la experiencia - y desde ahí tomar decisiones de cara al futuro, quisiera compartir en unas pocas líneas cómo lo he vivido yo.

Como todo lo que uno enfrenta por primera vez, también el presentarme el 12 de agosto en el albergue de Vega para integrarme al grupo de hospitaleros generaba en mi mucha expectativa y preguntas: ¿cómo funcionará esto? ¿cómo lo haremos? ¿lograremos avanzar algo en los buenísimos objetivos que, sobre el papel, tiene el proyecto? El proyecto sonaba ambicioso, pero, ni a los que me encontré allí ni a mí, nos faltaba ilusión.

Con ese equipaje y la excelente acogida de quienes allí estaban, comenzamos la andadura. Y como dice el poema que algunas tardes escuchábamos con los peregrinos: *"Caminante, no hay camino, se hace camino al andar"*. Lo

fundamental: acoger y hacer sentir bien y en familia a los peregrinos que, a lo largo del día, iban goteando y presentándose en la puerta del albergue; cansados, con historias diferentes, pero siempre con el espectacular espíritu del peregrino del Camino. Y creo que sí, que esta acogida cercana y familiar que hacía sentirse bien a los peregrinos sí se lograba. Así lo manifestaban ellos.

Las experiencias, vidas, inquietudes y motivaciones compartidas con los peregrinos -muchos de lejos, otros de cerca- es lo que más huella me ha dejado. Encuentros breves pero intensos que, más allá de las particularidades de cada uno, y también las dificultades de los idiomas, afianzan una certeza: ¡qué gran misterio lleno de posibilidades el ser humano! Sólo por poder asomarme a esa hondura - tantas veces descuidada en mí mismo y en el trato con los demás - merece la pena esta experiencia. Todo lo que hacíamos a lo largo del día, tenía ahí su punto de referencia y sentido más claro. Limpiar el albergue y la casa por la mañana, preparar la comida (más bien animar a quien la preparaba), recibir peregrinos, alojarles, escucharles, acomodarles, organizar y disfrutar con ellos la cena, vivir a fondo con la mochila de las distintas experiencias la misa del peregrino, la emotiva bendición del peregrino por la noche, ... todo contribuía a poner de manifiesto esa certeza. Y si lo he podido vivir además, pero no como añadido, sino como esencia y motor, desde la calidez y sencillez de la fraternidad agustiniana, la experiencia queda redonda. Por eso quiero destacar aquí también eso: la convivencia, trato, relación con los hermanos que coincidimos esos días: Iván, Fabián, Alexander y Agustín. ¡Gracias! ¡Muchas! Junto a ellos, visitas y estancias más cortas que sumaron a la fraternidad: Sonia y Tino. ¡Gracias también!

Deseo señalar y compartir aquí también un aspecto de la experiencia de estos días que ha sido muy gratificante: la pastoral con las personas de los pueblos que se acompañan desde la parroquia de Vega. Éramos tres sacerdotes, lo que nos ha permitido atender bien en lo que se nos ha solicitado en lo que se refiere a misas, funerales, intenciones por difuntos, bautizos, fiestas patronales, ... Pienso que esa es también una buena labor que se hace desde este proyecto.

P. Jesús Baños, OSA